

### Filosofía y uponoia

La filosofía es la descripción conceptual de una visión aconceptual. No se puede entender la obra de los mayores filósofos, de Platón a Heidegger, sin comprender su carácter de visionarios, de oyentes. Ha sido el racionalismo occidental lo que impide el reconocimiento de esta videncia propulsora del espíritu filosófico; un racionalismo, ciertamente, protagonizado por los propios filósofos, quienes al autocoptarse mediante un positivismo *deseado* truncan su carácter de visionarios, lo mantienen como su secreto mejor guardado, sospecha íntima, socavada, primero, por la teología monoteísta residual y luego por el positivismo precavido, negaciones de lo real en las cuales la filosofía ha permanecido hundida desde hace varios siglos.

La filosofía —cuyo ímpetu es aconceptual— fabrica conceptos para explicar esa visión misteriosa. Sé que hacer afirmaciones como éstas en una época conformista como la nuestra, analítica —esto es: nihilista— no resultará convincente; poco me importan tales limitaciones. La indagación realizada, esta indagación continua, me ha entregado la certeza de que el quehacer filosófico *parte* de una visión poderosa, que empuja al sujeto a describirla, y tratándose de un sujeto filosófico *obedecerá* el impulso mediante construcciones conceptuales. Precisamente debido a este impulso que nos sentimos impelidos a seguir es que la filosofía posee *carácter obediente*, esa certeza de que *la filosofía obedece la orden de un amo*. Como pueden escuchar aquí se acaba la entereza romántica seguida frecuentemente tras el

hecho de que el filosofar provenga de una voz o imagen interior distante. Filosofar es aceptar un comando. Lo vidente, lo místico, lo profético están vinculados a seguir una imagen o voz interna; se trata de *obediencias*. Así defino la filosofía: *la portavoz abstracta de una preestructura filogenética*.

Así, pues, lo que está más allá de la filosofía es, paradójicamente, aquel elemento del cual arranca. La filosofía no alcanza, sin embargo, a describir aquella visión, sino que la fragmenta a través del discurso conceptual, ya sea suelto o sistemático. Tras el obrar filosófico, por ende, pervive siempre un residuo indescripto, *un excedente de visión*. Al elemento inatrapado al que aludo, lo históricamente no-dicho, lo aún no abarcado por los conceptos construidos, lo podemos entender a la vez como deshecho y fantasma, sobrante e indeterminación. Los poetas y místicos le han llamado *lo indecible* o *silencio*. Yo prefiero entenderlo como *uponoiá*, aquello sobre lo cual se ha yuxtapuesto la construcción histórica del concepto; aquello que permanece como fondo.

(La uponoiá es el aspecto epistemológico de la preestructura).

Uponoiá puede entenderse de acuerdo con una visión tradicional de la hermenéutica, aquella que atribuye un sentido detrás del lenguaje, hacia el cual la interpretación se dirige y descubre. Prefiero, como he dicho, entender uponoiá como la visión sobre la cual, desde la cual se erigió la construcción conceptual, la descripción analítica que intenta abarcar y agotar la visión después de la cual se produjo el obrar filosófico.

La hermenéutica —sabiéndolo o no— rastrea esa visión genésica. (Me gustaría que quedara claro que por *visión genésica* me refiero, sencillamente, a una visión ocurrente en el individuo, sin que importe ahora si ésta es o no “verdadera”, delirante o confiable). Desde esta perspectiva, la del retorno desde la conceptualización construida de vuelta a la visión genésica, lo que está más allá (antes) del *texto* concebido, lo denominó *uponoiá*: el sentido detrás del conocimiento consciente. Pero se trata solamente de uponoiá, definida desde esta dirección, aunque también podríamos aseverar que uponoiá aparece sólo después de que ha aparecido la creación filosófica, así que uponoiá es también el camino de regreso hacia la visión genésica.

Uponoia es lo que impulsó y el regreso que lo hermeneúticamente emprende a ese punto.

Por lo tanto, aunque la hermenéutica pudiera remontarse completamente hasta el elemento de arranque, tan solo habría reconstruido el camino por el cual fue la obra construida, mas no describir el elemento genésico, ya que al hacerlo, volvería, por supuesto, a construir una separación, a la que la nueva uponoia podría proseguirle.

### Auconciencia, criptogenética, co-inconsciente

Uno de los filósofos que ha sido más consciente del elemento del cual parte la filosofía ha sido Hegel.<sup>1</sup> Lo que Hegel llamaba *autoconciencia* no era sino, precisamente: *uno*, haber sido un vidente cuya obra parte de visiones contenidas en él —como estaban contenidas en Hölderlin, avatares de una análoga visión fulminante—; *dos*, lo que Hegel llamó autoconciencia no es sino el despliegue ideológico obtenido al realizar uponoia: Hegel describió espiritualmente la forma en que la *imago* dirigente —el comando del amo internalizado— había sido desarrollada históricamente en Occidente y, *tres*, la autoconciencia hegeliana es la voluntad de proseguir el camino heredado, completar la orden del Gran Amo.

Lo que esa orden pide, como ha explicado genialmente Hegel en la *Fenomenología del espíritu*, es que desaparezcamos. Lo que la orden pide es fundirnos en el “Absoluto”. Recordemos, pues, que la terminología de Hegel consiste en, sencillamente, los instrumentos preexistentes a él o producidos por él para describir una visión que antecede a dichos conceptos textuales.

Por ende, para entender a Hegel, frecuentemente hay que reemplazar sus conceptos por otros que intuyamos describen

<sup>1</sup> “El puro conocerse a sí mismo en el absoluto ser otro, este éter en cuanto tal, es el fundamento y la base de la ciencia o el *saber en general*. El comienzo de la filosofía siente como supuesto o exigencia el que la conciencia se halle en este elemento”. (Georg W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1993, p. 19.)

más atinadamente la visión que él deseó describir con los conceptos que (históricamente) tenía a la mano: los del racionalismo occidental, que son, precisamente, los obstáculos principales que nublaron a Hegel y ahora nos nublarían a nosotros si los retomáramos. Insisto: Hegel —como todo filósofo notable— partió de una “visión” o “llamado”, que luego tradujo utilizando los conceptos que fabricó o adoptó. Para decirlo con una paradoja que prefiero: la visión que provocó la obra de Hegel es prehegeliana. Y la obra resultante de Hegel apenas semihegeliana.

La obra de Hegel precisamente se caracteriza por el deseo de agotar todo residuo uponoico. Cubrir esas zonas no-cubiertas es la función que Hegel atribuye al *concepto*. La identidad plena entre el conocimiento y el elemento genésico es lo que denomina *sistema*. El *sistema* es la creencia de que los interligamentos conceptuales pueden ser capaces de abarcar todos los puntos que componen a lo que denomino *preestructura*. La *preestructura* *donó* la visión que él *describió* teóricamente en la fenomenología.

Para poder comprender a qué se refiere el pensamiento de Hegel, necesitamos salir de los conceptos que él mismo empleó para poder contemplar algunos fragmentos de la visión que sirvió de elemento genésico a su obra. El punto de arranque desde el que elijo comprender la fenomenología del espíritu hegeliana es preguntar *cuál es el depósito desde el que se despliega lo que él llama espíritu*. La que da Hegel es una respuesta intermitente, tan volátil que, frecuentemente, se pierde de vista. El espíritu está contenido en el individuo de modo “natural”, el sentido-del-espíritu, su metarrelato, es una información contenida en la conciencia del sujeto, en lo que yo prefiero entender como su cuerpo,<sup>2</sup> el *individuo genético heredado*.

<sup>2</sup> “incluso el espíritu que ha expirado se halla presente en la *sangre* del parentesco, en el *sí mismo* de la familia, y la *potencia* universal del gobierno es la *voluntad*, el *sí mismo* del pueblo”. (*Ibid.*, p. 288.) La referencia al carácter genético del espíritu será justamente la idea con la que Hegel cierra el último capítulo de la *Fenomenología*. “Pero el otro lado de su devenir, la *historia* [...] Este devenir representa un movimiento lento y una sucesión de espíritus, una galería de imágenes cada una de las cuales aparece dotada con la riqueza total del espíritu, por la cual desfilan con tanta lentitud, pues el *sí mismo* tiene que penetrar y digerir toda esta riqueza de su sustancia [...] La perfección del espíritu

Hegel estaba en lo correcto. A pesar de haberse equivocado en el sentido universal de este metarrelato, a pesar de haber confundido lo genético con el “espíritu”, Hegel fundamentalmente describió la naturaleza naturalizada del hombre. Lo que quiero decir es que Hegel se percató de que a través del espacio-tiempo (historia) estaba ocurriendo una trasmisión no sólo en lo corpóreo sino en lo espiritual, esto es, llegó a la visión de que *el espíritu era modificable a través de la actividad* de la conciencia, a través del *trabajo* de la inteligencia.

Como sabemos, Hegel suponía que la finalidad hacia la que se dirige lo que he venido llamando la *preestructura* ha sido predeterminada —siguiendo la teología creacionista judeocristiana— desde el llamado Origen Absoluto del espacio-tiempo; he aquí donde Hegel yerra, debido a los prejuicios occidentales y, sin embargo, fácticamente es cierto que la finalidad que Hegel detectó —la desmaterialización, la espiritualización— está ya predeterminada, sólo que, al contrario de lo que Hegel creyó, esa finalidad ha sido el resultado de un prolongado, milenario, proceso en que, el metarrelato genéticamente trazado, pudo

consiste en *saber* completamente lo que *él* es, su sustancia [...] su *ir dentro de sí*, en el que abandona su ser allí y confía su figura al recuerdo. En su *ir dentro de sí*, se hunde en la noche de su autoconciencia [...] En él, el espíritu tiene que comenzar de nuevo desde el principio, despreocupadamente y en su inmediatez y crecer nuevamente desde ella, como si todo lo anterior se hubiese perdido para él y no hubiese aprendido nada de la experiencia de los espíritus que le han precedido. Pero sí ha conservado la sustancia. Por tanto, si este espíritu reinicia desde el comienzo su formación, pareciendo solamente partir de sí mismo, comienza al mismo tiempo por una etapa más alta. El reino de los espíritus que de este modo se forma en el ser allí constituye una sucesión en la que uno ocupa el lugar del otro y cada uno de ellos asume del que le precede el reino de este mundo [...] La meta, el saber absoluto o el espíritu que se sabe a sí mismo como espíritu tiene como su camino el recuerdo de los espíritus como son en ellos mismos y como llevan a cabo la organización de su reino” (p. 473). No se puede comprender el pensamiento hegeliano si no se comienza partiendo de este dato crítico: *el “Espíritu” hegeliano es una memoria colectiva contenida en el cuerpo individual*. Se trata de lo que yo denomino *cibermnémica*. El “Espíritu” hegeliano es un aprendizaje transgeneracional, genético, una memoria, compuesta no sólo de una colección inocente de recuerdos, sino de un sentido adquirido en esa trayectoria. El “Espíritu” es una retrospectiva y una predirección hacia la cual el sujeto se siente impelido a dirigirse, a continuar.

haber sido otro. ¿Hay un sentido inherente en el hombre? Sí. ¿Es eterno? No. Ese sentido ha sido construido por la actividad humana interna y ha sido transmitido como predestinación espiritual, de modo similar a como se han transmitido patrones corpóreos. El sentido humano es genético. El metarrelato es un correlato del genoma humano.

Esta dirección del “espíritu” es lo que denomino lo *criptogenético*. Lo *criptogenético* son los contenidos inadvertidos de la herencia genética humana. Estos contenidos son ingresados en lo *filogenético* a través de la actividad individual y colectiva, por mecanismos análogos a los que determinan la herencia corpórea animal, esto es, una dialéctica entre la adaptación de la especie al mundo circundante y la mutación singular.

La filosofía —de Heráclito a Hegel y de Heidegger a Baudrillard— está compuesta de individuos en quienes, por una razón u otra, los contenidos *criptogenéticos* fluyen hacia la conciencia. En el filósofo, esos elementos *criptogenéticos* fluyen hacia la conciencia en forma de semiabstracciones que describen variantes de fragmentos de la preestructura “espiritual” heredada. Esta construcción *criptogenética* transmitida y transmisora de sí misma es lo que denomino el *co-inconsciente*.

Hegel creyó que el *co-inconsciente* era eterno, le llamó *espiritu, razón, autoconciencia, absoluto*. Hegel deseaba que los contenidos del *co-inconsciente*, como sus célebres tesis afirman, se hiciesen conscientes de sí mismos, pues, efectivamente, el *co-inconsciente* está hecho de relaciones entre lo uno y lo otro, de enlaces, y el *co-inconsciente* está hecho de mensajes, de *órdenes* a seguir por los miembros de la especie que reciben tales contenidos *co-inconscientes*. Éste es, por cierto, el verdadero sustrato de lo político. El *co-inconsciente* tiene una estructura puramente política. Está hecho de comandos, sistemas de relaciones, jerarquías, asociaciones; el *co-inconsciente* funciona como una hegemonía de predirecciones en la vida interna del hombre, desde sus aspectos psicológicos hasta sus aspectos poéticos. El *co-inconsciente* es una memoria genético-histórica, y debido a que se trata de un control sobre la existencia humana, predeterminándola —de modo similar al que concepciones filosóficas como la de *esencia* o *destino* habían sugerido anteriormente—, el

co-inconsciente es una memoria de co-control de la especie; es, por ende, una *cibernmémica*: un control-de-la-memoria.

El co-inconsciente es la cibernmémica naturalizada. Lo co-inconsciente es tanto la certeza como el enigma; lo predeterminado y lo imprevisto. Es la estructura despótica heredada para controlar la vida histórica de la especie; es la política semivoluntaria y el enlace naturalizado vuelto metafísica criptogenética. Jung, por cierto, cometió el mismo error que Hegel: ambos *naturalizaron el co-inconsciente*, lo comprendieron de modo judeocristiano, al atribuir a éste un carácter trascendente, prácticamente fuera del tiempo y, sobre todo, benévolo. Ambos pensadores supusieron que la dirección presente en las regiones profundas de la mente humana se trata de una enseñanza o camino espiritual supremo, sin entender que se trata de una dirección tan sublime como opresora, que confirma la estructura histórica mediante la cual se ha formado; una estructura hegemónica que reitera las condiciones por las cuales ella misma se ha constituido; el co-inconsciente es la espiritualización de las formas de co-control humano, es su abstracción internalizada.

## Fenomenología de la preestructura

Si se desea uponoia de Hegel, debemos comenzar por comprender su concepto de *fenomenología*. Sabemos ya su definición obvia: metarrelato del Absoluto y sus avatares, novela del Espíritu. Pero hemos descuidado reconocer que el concepto hegeliano de fenomenología y la fenomenología según Husserl son complementarios, se trata de dos variantes de un mismo mito. (O, para decirlo, en retruécano contra el racionalismo de Levi-Strauss: *un mito se compone de todos sus desvaríos*). Tanto la de Hegel como la de Husserl se refieren a una descripción de la preestructura interna de la conciencia, esto es, para decirlo un tanto lúdicamente: Hegel y Husserl prosiguen el mapamundi de la Razón, la Razón trascendental, *sobjetante*, la Razón que es igual a "Ontología", la *Razóntica*. La fenomenología de Husserl y Hegel es continuación de la cartografía kantiana de la mente, demenciales kantografías.

Hegel contempló la historia e infirió, por las formas de ésta, la forma inmanente que les dio despliegue. Hegel efectivamente comprendió contenidos medulares, mandatos, mensajes del co-inconsciente occidental. Por su parte, Husserl deseó percibir a la realidad y de su percepción inferir la estructura interna del co-inconsciente, en este caso, epistemológicamente estructurante. La fenomenología husserliana, debido a su fuerte ambigüedad positivista, tiene menor alcance que la hegeliana. De todas maneras, ambas fenomenologías tienen una relación ambivalente con el proyecto positivista.<sup>3</sup>

¿Qué ha sido, pues, la fenomenología? La descripción de la preestructura humana. En ese sentido, la fenomenología no es tanto una descripción perceptual pura, sino una descripción perceptual acerca de cibernmémicas hegemónicas; la fenomenología, por ende, es la descripción de las estructuras mnémicas con que se construyen los pseudo-perceptos, ya que la razón se trata de un aspecto del co-inconsciente —el aspecto que da forma a lo fenoménico— y al estar el co-inconsciente constituido de recuerdos, lo que la razón construye no son lo que habitualmente se entiende como perceptos sino *pos-recuerdos*, recuerdos reinstaurados, repetición de memorias, *rememorias*.

Además, tanto Hegel como Husserl demediaron la originalidad de su proyecto por supeditarse al discurso dóxico acerca de la “ciencia”. (Esto no sólo es el problema de Hegel y Husserl, es el problema de toda la filosofía occidental desde Descartes y que incluso alcanza y atrofia a *Ser y tiempo* de Heidegger). La fenomenología se miente a sí misma. Se ha hecho creer que la descripción en que consiste puede convertirse en un consenso intermonádico semejante a la mítica *objetividad* de la que ha venido hablando la ciencia ruda desde sus comienzos. Cuando digo que la objetividad y la fenomenologías son míticas, quiero decir que se trata de contradicciones provocadas por paradigmas pensamentales rígidos; contradicciones que al ser insolubles en la realidad, son simbólicamente resueltas por un relato, el mito, en que la contradicción es resuelta imaginariamente. La contra-

<sup>3</sup> Heidegger se equivocó. La fenomenología hegeliana y la husserliana son, al fin de cuentas, análogas.



dicción que el mito fenomenológico resuelve simbólicamente se refiere a la imposibilidad del conocimiento de un supuesto mundo exterior, que no sea ni *yo* ni *apeirón*.

Lo que la fenomenología describiría (idealmente) sería la preestructura criptogenética, socialmente compartida por individuos y mediante la cual construimos el mundo objetual, el reflejo kantiano de su preestructura mental. Husserl ha descrito cómo esta estructura construye objetos, cómo podemos compartir entre pseudo-mónadas sus rasgos internalizados *actuales*, pero había sido Hegel quien describió cuál es la intención *histórica*, la teleología de la preestructura mental occidental. Y, como sabemos, lo que Hegel descubrió fue que la preestructura mental occidental estaba, en su mensaje central (co-inconsciente), dirigida hacia lo que Hegel llamó la “autoconciencia” o “saber absoluto”, es decir, que los contenidos co-inconscientes se volviesen lúcidos, obediencias autoconscientes.

Hegel pertenece a una época que empujada por ciertas condiciones se vio impelida psichistóricamente a abolir el co-inconsciente. Freud únicamente descubrió el inconsciente porque había llegado el momento en que comenzaría a desaparecer tal como había funcionado hasta entonces. Freud y Hegel son parte de un mismo esfuerzo: ayudar a que el co-inconsciente desaparezca como tal. Pero no nos equivoquemos. El co-inconsciente no desaparecerá para abandonar su opresión; si el co-inconsciente está desapareciendo paulatinamente es porque su *metapolítica* requiere que los contenidos inconscientes se fortalezcan al volverse conscientes. Lo inconsciente desaparecerá para dar lugar a lo autoconsciente, a una forma depurada de co-control. No nos engañemos: *el psicoanálisis tiene como última finalidad fortalecer el régimen del super-yo*. Los contenidos políticos de Hegel son coherentes con el co-inconsciente.<sup>4</sup> El co-inconsciente es una estructura autoritaria. Lo que se ha venido llamado la naturaleza humana no es más que una forma de fascismo. Lo que se ha venido llamado cultura, cada una de ellas, cada cultura, asimismo, fascismo, autoritarismo. No hay nada que no sea dic-

<sup>4</sup> La política hegeliana es el relato manifiesto del totalitarismo inherente a la formación autoritaria de la preestructura.

tadura. La fenomenología y el psicoanálisis son estructuras que describen el paso del *co-inconsciente* al *co-autoconsciente*; son estructuras que corresponden históricamente a una transición hacia mayor endurecimiento, sistematización del co-control. Dos formas de sujeción. Nuestra época es el campo de batalla en que dos estructuras psíquicas autónomas (trans-individuales) se combaten el control de la especie.

El co-inconsciente es el gran accidente. Accidentalmente somos una macro-estructura de co-control. Ese gran accidente, sin embargo, se ha vuelto nuestra macroestructura ineludible.

## **El gran accidente y la industria**

Sé que quizá estoy agolpando demasiados replanteamientos en estas pocas páginas. Trataré de explicar cuántas me sea posible. No aseguro, sin embargo, que lo logre. Creo que a nuestra época todavía le están ocultas demasiadas cosas acerca de sí misma y por ello, como nunca antes, ha llegado el momento de desobedecer la preestructura. Destruir tanto el co-inconsciente como el co-autoconsciente. Destruir toda forma de co-control.

¿Qué sucedió en el siglo XIX? En el siglo XIX algunos hombres especialmente sensibles, en quienes filogenéticamente la preestructura occidental poseía su estado más acabado y, a la vez, mostraba graves fisuras, fue descrita por estos individuos que supusieron que esa preestructura occidental intuida por ellos, autoconocida, se trataba de la preestructura universal.

¿Por qué la descubrieron los hombres del siglo XIX? Para ese momento, una circunstancia aparentemente externa provocó accidental y paulatinamente la visión de cómo funcionaba la preestructura interna. Explicaré qué sucedió, a grandes rasgos, en el siglo XIX, dando un pequeño rodeo.

Es conocimiento general que, digamos, al apreciar una obra de arte se puede desatar un proceso en que fluyen hacia la conciencia algunos particulares contenidos co-inconscientes. Esta fuga de contenidos co-inconscientes hacia la conciencia o la autoconciencia también puede suceder a nivel social. Puede que un proceso social detone el surgimiento de contenidos

co-inconscientes que a partir de ese momento escapan por una fisura consciente, por un flujo de conciencia. Este flujo, por supuesto, aflorará mayormente en aquellos hombres más predisuestos o involucrados en el trabajo con imágenes centrales de la preestructura criptogenética y culturalmente compartida por las pseudo-mónadas.<sup>5</sup>

Si dos edificios gemelos, digamos, mundialmente simbólicos por representar el poderío de un imperio, su fortaleza, su carácter dominante, inquebrantable, súbitamente sucumbieran —ya fuese por un ataque terrorista o por una secreta detonación interna o, mejor aún, por ambas circunstancias simultáneamente— la percepción de esa violencia, de imagen de ese derrumbe, ya fuese por vez primera o repetidamente percibida, recordada, probablemente haría surgir contenidos co-inconscientes o incluso catalizaría potentes procesos internos, perturbadores. No sería extraño, digamos, que percibir dos torres gemelas caer —y que hasta entonces ni siquiera se sospechaba podrían ser objeto de un ataque o venirse abajo en cuestión de unos pocos instantes—, no sería raro, decía, que contemplar esa imagen hiciera emerger en muchos individuos —sobre todo, en aquellos especialmente vulnerables, sensibles— el temor o sensación de derrumbe de sus propias preestructuras binarias rígidas. El ataque a la preestructura dual produciría la conciencia y catálisis de un ataque interno a la preestructura dual naturalizada.

El 9-11 se trataría, entonces, de una imagen que potencialmente atañe a la crisis del dualismo, en que tanto éste intentaría fortalecerse ante el ataque sufrido, a la vez que terminaría de cobrar conciencia de la necesidad de su derrumbe. Los individuos más sensibles de nuestro tiempo, por medio de la imagen internalizada del 9-11, les aseguro, acrecentarán la crisis el dualismo preestructurado en todos nosotros.

<sup>5</sup> Me gustaría detenerme en explicar por qué utilizó la noción de pseudo-mónada. Ahora, sin embargo, sólo me detendré en lo esencial: *debido a la existencia subterránea del co-inconsciente (i. e., una estructura criptogenética compartida entre individuos aparentemente separados) la susodicha mónada, el "individuo", está repleto de ventanas (enlaces) a través de las cuales se merma con tal de acrecentar el mutuo co-control, por ende, el hombre es una pseudo-mónada.*

Vuelvo, pues, al siglo XIX, a Freud, Marx y Hegel. ¿Cuál fue el proceso que —debido a su semejanza con imágenes co-inconscientes, imágenes internas, naturalizadas psichistóricamente— quedó detonado por su experiencia histórica y, por ende, descrito conscientemente por estos pensadores-poetas? Se trató de la máquina. Se trató de la industrialización. La propia historia de la filosofía, la propia fenomenología de sus imagos, nos lo revelan. Desde Descartes hasta Leibniz, de Spinoza hasta Nietzsche, fue el mecanismo, fue la máquina, ya fuese autómatas o relojería, orden geométrico o eterna vuelta de engranaje, *fueron las imágenes de lo mecánico mundano lo que provocó que las imágenes de lo mecánico interno fluyeran hacia la conciencia*. Es claro que durante la modernidad la imago, cuyo influjo es correlato de buena parte de los contenidos filosóficos co-conscientemente desarrollados, se trató de la imago maquinale, imago de la máquina, imago de lo mecánico. La máquina fue nuestra metáfora madre. La metonimia incluso de nuestros senderos perdidos. Debemos la filosofía moderna a la máquina. La filosofía moderna es la máquina occidental transformada en psichometáfora. Gracias a la industria descubrimos cómo estaba estructurada el “alma” humana. El alma es una pseudo-máquina.

La industrialización, y la imagen singular misma de la máquina, hizo surgir específicamente este conocimiento, lo hizo aflorar, hasta la semiconciencia europea: lo que era llamado “mente”, “razón”, “conciencia”, “psique”, “espíritu” no era más que una maquinaria, *un sistema filogenéticamente construido*, un mecanismo psichistórico en que unas formas psíquicas habían quedado vinculadas con otras —en enlaces determinados por largos procesos históricos internalizados— constituyendo una preestructura heredable después de largo *trabajo de reiteración* asociativa entre lo uno y lo otro. A través de los siglos, a través de los milenios, a través de las estirpes, a través de las familias, a través de los grupos, el *trabajo* va ingresando asociaciones entre unas formas y otras. Asociación entre actividades corpóreas y sensaciones, entre imágenes y conceptos, asociación de toda clase de formas con otras; esa asociación, conforme va siendo reiterada por las generaciones, queda automatizada, dando lugar a la preestructura *cuya forma espiritualizada* ha sido

descrita, durante su forma moderna, por la epistemología desde Descartes y Kant hasta Hegel y Husserl.

Existir en un mundo mecanizado, en un mundo industrializado, detonó el surgimiento del conocimiento de que la llamada conciencia, razón o psique podía ser descrita en su propio funcionamiento (mecánico). Estos hombres, en mayor medida, ignoraron que lo mecánico, lo industrial, los impelía a producir conceptos e imágenes, fenomenologías, descripciones del funcionamiento de la psique o la razón, según fuese denominada la analogía totalitaria entre el mundo industrial y la estructura inconsciente. (Precisamente quienes tuvieron mayor conciencia del correlato entre la máquina y el pensamiento durante estos siglos fueron los que se opusieron al mecanicismo, los llamados románticos).<sup>6</sup> Esto es lo que explica el reloj internalizado de Kant y los debates entre lo uno y lo otro en Kierkegaard. Lo que los filósofos modernos han pensado, lo que los artistas y poetas occidentales han explorado, lo que sus psicoanalistas, sin saberlo todos ellos, han investigado ha sido facilitado por el *paralelismo psicohistórico entre la estructura del mundo industrial y la preestructura sistematizada criptogenética humana*.

Los hombres del siglo XIX pudieron describir el funcionamiento del pensamiento sociopolítico (Marx), energético-volitivo (Nietzsche), existencial-subjetivo (Kierkegaard), racional-religioso (Hegel), pasional-fantasmioso (Fourier) y consciente-inconscien-

<sup>6</sup> No olvidemos, por cierto, que el joven Hegel se opuso a la máquina. En el "Primer programa de un sistema del idealismo alemán" escribió: "La primera idea es naturalmente la representación de *mí mismo* como de un ser absolutamente libre. Con el ser libre, autoconsciente, emerge, simultáneamente, un mundo entero —de la nada—, la única *creación de la nada* verdadera y pensable [...] Con la idea de la humanidad delante quiero demostrar que no existe una idea de *Estado*, puesto que el Estado es algo *mecánico* [...] ¡Por lo tanto, tenemos que ir más allá del Estado! Porque todo Estado tiene que tratar a hombres libres como a engranajes mecánicos, y puesto que no debe hacerlo debe *dejar de existir*. Finalmente vienen las ideas de un mundo moral, divinidad, inmortalidad, derrocamiento de toda fe degenerada, persecución del estado eclesiástico [...] La libertad absoluta de todos los espíritus que llevan en sí el mundo intelectual y que no deben buscar ni a Dios ni a la inmortalidad fuera de sí mismos". (G. W. F. Hegel, "Primer programa de un sistema del idealismo alemán", en *Escritos de juventud*. México, FCE, 1978.)

te (Freud), porque las condiciones de su época les permitieron observar (involuntariamente) en el “mundo externo” —mesocosmos: la cultura— la semejanza estructural de este mundo con las estructuras internas del hombre conocido por ellos. He dicho hombre: debí haber dicho *antropofascismo*.

En la época moderna ocurrió una tragicómica coincidencia: acaeció la mayor semejanza entre la manera en que se formaba la estructura filogénica humana y la manera en que el mundo estaba siendo organizado. La similitud fue la máquina. Incluso la transición del co-inconsciente al co-autoconsciente ha sido producto de un gran accidente.

La industria representaba el modo en que la conciencia humana había venido operando durante los últimos siglos y quizá durante ya demasiados milenios. La industria parecía una involuntaria manifestación, casi una parodia, del modo en que se formó y funciona la estructura mental humana, dirigida por procesos mecánicos, por trabajo combinado del cuerpo físico del hombre y mecanismos que ordenaban esos procesos, mecanismos aparentemente externos, amos de la vida humana.

El hombre llegó a la máquina porque su preestructura criptogenética, aquella estructura transmitida de una generación a otra, modificada lentamente a través de la reiterada asociación de lo uno y lo otro, se hizo visible en el mundo material, a través de la maquinaria históricamente desarrollada, y cuando la mecanización del mundo alcanzó un nivel innegable, cuando el mundo social manifiesto guardaba tal semejanza con la invisible preestructura mecánica interna del hombre, se dispararon procesos analógicos mediante los cuales este sistema interno, esta industria psíquica, esta fábrica de pensamiento, pudo ser descrita. Debido a la abrumadora catálisis para que esta fenomenología fuese posible, merced a un mundo en que el individuo especialmente dotado para estas descripciones espiritualizadas las elaborasen, brotaron en forma de descripciones teóricas, materiales o simbólicas, representaciones de la estructura interna del hombre, la máquina fascista, el Estado interiorizado, la cibermnésica, la criptogenética. Estas descripciones son lo que ahora denominamos como las grandes ideas, imágenes o escuelas del pensamiento y la creación humana, desde la filoso-

fía hasta el arte, desde la psicología hasta la técnica. Todo esto ocurrió aun fuese sin plena conciencia de aquello que realmente describían, esto es, lo que he querido llamar aquí la *preestructura*, el “Espíritu”, el Gran Accidente.

## Preestructura, trabajo, capital

Como he dicho, la imagen de la preestructura esporádicamente aparece en la psique de los individuos en quienes se ha agudizado la lucha entre *encabezar* (*capitalizar*) el avance de su sistematización o destruirla por completo, es decir, los poetas. A la preestructura, no sólo ha cantado Hegel, sino también contra ella han cantado Artaud, Cuesta y muchos otros poetas.

Así la describió Michaux:

Ya una empresa de negocios, el lenguaje...

Destinado a convertirse es una ADMINISTRACIÓN en la que toda conciencia debe ingresar.

Amo de la situación, el lenguaje responderá a toda necesidad (!). Como las tiranías.

[...]

[Las esposas de las palabras] Están en todas partes: en la formación de lenguaje, limitando, agrupando. Estableciendo una sociedad, una nación, cerrándola [...] Todo está siendo tejido en una red, el tejido de las palabras, el árbol en el tejido, la brisa, en un tejido lo distante y lo cercano, en un tejido los pájaros en el viento, en un tejido el alma inquieta, incluso la sangre, la sangre avanzando, en un tejido de aburrimiento, de esclavitud, en una cosa común, en una vulgar, monótona cosa.

En su inocencia, la humanidad tardó mucho tiempo en darse cuenta a dónde estaba siendo dirigida.

[...]

Las considerables lenguas de la especie humana han servido para incrementar y expandir incesantemente el siempre-creciente *nido llamado memoria...* ¡vaya regalo!<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Henri Michaux, “Del lenguaje y la escritura. Por qué la urgencia de desviarnos de ellos”, en *Stroke by Stroke*. Trad. de Richard Sieburth. Nueva

¿Cómo fue formada la preestructura? Ya lo he dicho de modo sucinto: la preestructura ha sido formada por el *trabajo histórico*. Por “trabajo”, por supuesto, me estoy refiriendo a algo más amplio que aquello descrito por Marx, quien, sin embargo, tiene el gran mérito de haber hecho aparecer este concepto en la teoría. (¿Y qué es la teoría? Se trata del trabajo realizado a partir de las contuiciones aparecidas en la mente de modo reflejo y que el trabajo teórico, a partir de ese disparo desde lo interno, modifica, reitera, asocia, con otras contuiciones, con otros trabajos.) El concepto marxista de *trabajo*, pues, es apenas la punta del iceberg.

¿Cómo definiría al trabajo? El trabajo *es la ocurrencia de una vez más*. El trabajo es la repetición. El trabajo es la reiteración. El trabajo es la naturalización. El trabajo es la imposición. El trabajo es la dictadura. El trabajo es el fascismo.

El trabajo es la relación que la energía establece históricamente consigo misma; es la memoria incorporada por la reincidencia de su economía. Toda experiencia es trabajo. El concepto de experiencia es la abstracción del trabajo. Toda experiencia deviene pre-estructura que potencialmente pre-determina otras experiencias, las provoca. (El trabajo desea clonarse). La llamada *experiencia*, vista desde el plano diacrónico, es trabajo. Cuando una forma específica de trabajo —es decir, una forma de conducir la energía hasta llevarla a un cierto producto o resultado, pues lo que quiero decir es que defino trabajo como *todo proceso finito*—, es reiterada a través de toda una época y a través de generaciones enteras, esta forma de trabajo termina incorporándose, literalmente, *volviéndose cuerpo*, de tal manera que el cuerpo es, a la vez, lo transmitido y el transmisor. El cuerpo tiene la forma que le ha dado el trabajo; el trabajo tiene la forma dada por el cuerpo.

El trabajo es la *reiteración* de un proceso *finito*. Todo proceso finito reiterado es “trabajo”. Pero, lo reiteraré, no me refiero

York, Archipelago Books, 2006, s. p. Cito este texto de Michaux —publicado en 1984— porque creo que se trata de uno de los momentos en que la poesía occidental ha estado más cerca —aun sea figurativamente— de contemplar lo criptogenético.



únicamente al trabajo físico o intelectual comúnmente reconocidos, sino que por trabajo incorporado, por cuerpo-trabajo, que ha sido internalizado, que se ha vuelto preestructura heredada y actual, entiendo apenas una parte de la noción vasta de trabajo, la cual incluiría toda forma de actividad —desde lo “físico” hasta lo “espiritual”— pues *toda forma de actividad tiende a dejar una huella*, tiende a devenir memoria, cibernémica, co-control compartido con otras memorias. (Y esa huella llama.) El trabajo es la base de la cibernémica. Bajo la influencia de la preestructura laboral actuamos permanentemente, como alguien que existe permanentemente bajo la influencia de la más potente droga. El mundo que creemos percibir no es más que el mundo permitido por la memoria impuesta por el trabajo.

El trabajo es el método permanente de educación por el cual las estructuras serán convertidas en cuerpo y el cuerpo en estructuras. Nuestro trabajo es la educación que predeterminará al cuerpo de los hombres del futuro. Aclaro que al decir “cuerpo” no me refiero a la imagen que aparece de acuerdo con el dualismo occidental; por “cuerpo” incluyo toda nuestra vida interior, todo eso que se ha llamado espíritu, razón, pensamiento, alma, inconsciente y que recibe muchos otros nombres en diferentes culturas. *Por cuerpo quiero decir preestructura.*<sup>8</sup>

Otro concepto que precisamente fue descubierto por los hombres que comenzaron a comprender la preestructura de modo más preciso fue el de “capital”. De la misma manera que el concepto marxista de trabajo me parece superficial, quisiera, nuevamente, ampliar el concepto de “capital”. Capital se trataría, entonces, de toda forma de *encabezamiento*, es decir, conducción

<sup>8</sup> Esta visión podría asemejarse a la poseída por ciertas ideas del pensamiento hindú que postulan que además del cuerpo material hay un cuerpo sutil que mantiene prisionera al “alma” (incondicionada). Así como contar con un pulgar oponible fue un logro del trabajo de la especie, *trabajo histórico que tras su reiteración quedó convertido en código genético* —praxis convertida en naturaleza—, del mismo modo el trabajo psíquico reiterado a través de la larga duración ha formado y naturalizado genéticamente una serie de rasgos establemente fijos (más no necesariamente “eternos”) en lo que llamamos el “alma”, la “psique”, el “espíritu”, la “mente”, entre otros nombres, constituyendo otro cuerpo hereditario (invisible) junto al cuerpo material (visible).

dentro de la preestructura, de toda cabeza motora del sistema; el capital sería cualquier nudo o liderazgo, jefatura, dentro de un sistema, desde el macroeconómico hasta el criptogenético. El capital se trata de trabajo histórico acumulado, condensado, abstraído; el capital es cabeza, es eje y símbolo del macrosistema del cual somos obra y obrero simultáneamente.

### La historia como síntoma de agonía

Hegel es la administración de las cantidades. Cuando una civilización se niega a perderse a sí misma, cuando se niega salud, ordena sus archivos. La Europa moderna no deseaba perderse. Por el contrario, anheló extender su dominio mental hasta los griegos; en Hegel, Europa deseó incorporar no solamente el corpus acumulado por Europa acerca de “sí misma”, sino que deseó acapararlo todo, deseó apropiarse de todos los pretéritos civilizatorios. Deseó clasificarlos. La noción de “historia” —que más que una noción es una *práctica*— la fabrica Hegel para atar lo heterogéneo, lo que pertenece a distintos mundos, en fingimiento de un Sentido Único. El llamado progreso no es sino la obediencia a los mandatos contenidos en la labor criptogenética.

El co-incosciente, como motor criptogenético que desea perpetuarse, como voluntad de reiteración, eterno retorno de su preestructura —en lo criptogenético tanto Hegel como Nietzsche quedan anudados, pues lo criptogenético es lo que ha capitulado a los contenidos de la filosofía— origina un devenir teleológico involuntario, una repetición de sí, reiteración de una forma general abstracta —el co-control— y, por ende, da figura, *homousía* —inconclusa es cierto, más definitiva, en todo caso, rectora— al devenir ya signado y, sin embargo, debido a que la preestructura no es universal, ni uniforme —la preestructura tiene demasiadas variantes y aun, desde otras civilizaciones, preestructuras opuestas, pues el mundo es una serie accidental de preestructuras paralelas, grandes accidentes que sin razón alguna dan forma cuasi-racional al mundo—, debido a que la preestructura no se ha impuesto, sino que sigue teniendo fallas, es sabotada por

ciertos espacio-tiempos o por ciertos individuos, por ciertos *diábolos*, la preestructura no consigue construir una historia única: tiene fallas. Es mermada por una serie indeterminable de erráticas, y, por ende, aunque se pueda hacer gran uponoia de su devenir efectivo y pueda ser localizada la trama exitosamente desplegada, la trama hegemónica, sin embargo, habrá zonas, las zonas diabólicas, en que la trama no ha atravesado, en que si se echa trama tendrá que ser trama a posteriori, trama falsa. Aquello que Lezama denominaba lo poético, el enlace de lo discontinuo.

¿Qué ha sido la historia? La figura de la homousía predominante ha sido la criptogénesis autoritaria, la preestructura que atraviesa el cuerpo y la ciudad y ha sido, escuchadlo bien, el síntoma mismo de su agonía, porque si la juntura de imágenes que compone a la llamada historia ha aparecido en Europa, en su modernidad tardía, sólo ha ocurrido porque Occidente ya fenecía próximamente.

El concepto hegeliano de "historia" es el espectáculo más grande que ha creado la criptogenética. Historia es un concepto de agonía. La idea de la historia ocurrió a Hegel exactamente porque Europa se dividía e "historia" le daba una unidad de senectud. Indica la *doxa* que la historia la escriben los vencedores, pero tal *doxa* es alabanza. La historia la escriben los moribundos.

Cuando el concepto de "historia" apareció en Occidente, Occidente ya moría. No olvidemos que no muchas décadas después de Hegel y Marx, la Europa, para la cual había sido creada esta fantasía, perdía su liderazgo ante Estados Unidos, su mutación intranquila, el dirigente de la pantopía. ¿Qué es la historia? Fragmentación de culturas. Reducción de relaciones a imágenes. Reordenación de esos fragmentos-imágenes a lo largo de un tiempo-lineal. La idea de la historia es la precursora de la cinematografía. Historia es montaje. La historia, en definitiva, es la (re)edición producida por una civilización terminal.

La historia es la grandiosa fantasía filosófica, la bella muerte, la eutanasia, que quiso darse Occidente, antes de volverse una más de sus imágenes, pues quien produjo las imágenes, el gran accidente, la criptogenética, a su vez, se volverá una más de ellas dentro de la co-fantasía absoluta de la pantopía.

Todo lo que muere hila sus imágenes. Lo sabemos tanto por Hollywood como por los huicholes,<sup>9</sup> cuando el sujeto muere recorre las imágenes de su existencia, las cierra recorriéndolas, dándoles vínculo consecutivo, reorganizando la cantidad en forma de continuidad.

Escribe Eliade:

Desde hace casi cien años, la conciencia europea descubrió el pasado etapa por etapa. Es hacia mediados del siglo XIX que empezaron a reaparecer a los ojos de los europeos las ruinas de civilizaciones enterradas desde hace miles de años [...] Jamás la humanidad había tenido una conciencia simultánea de su pasado —de la prehistoria a la Edad Media y de los “primitivos” a las sociedades extinguidas del Renacimiento— tal como las adquiridas por Europa estos últimos cien años [...] Se podría decir que, de la misma manera que a un individuo en los postreros instantes de su vida la ve desfilar por entero hasta en su más mínimos detalles, Europa, ve hoy en día, en su terrible agonía, todas las etapas de la vida histórica de la humanidad, desde los tiempos más remotos hasta el día de hoy. Europa, el mundo moderno, se acuerda de su vida por última vez, antes de zozobrar definitivamente [...] Llegada en este fin de siglo, la conciencia europea revive como una película mental, la historia universal.<sup>10</sup>

¿Qué es la historia? Las imágenes conectadas por la macro-agonía. ¿Qué es la pantopía? El haber elegido volver a las imágenes, dentro de la muerte, el haber elegido permanecer entre ellas, tomar tales fantasías retrospectivas como realidades remezclables. Si la historia es el recorrido por la pasarela de las imágenes finales, la pantopía es el *loop* estacionario, la fijación, con las peores de tales imágenes, aquellas en que el dolor es

<sup>9</sup> Peter T. Furst describe: “Primero que todo, el alma desanda su vida entera, reviviendo una por una todas sus experiencias, desde el nacimiento hasta la muerte [...] Esto es lo que se les presenta cuando se están muriendo. Ven todo eso, recorren todos los pasos a través de la vida”. (Peter T. Furst, “El concepto huichol del alma”, en *Mitos y arte huicholes*. México, Sep Setentas, 1972, pp. 38 y 63.)

<sup>10</sup> Mircea Eliade, “El último instante”, en *Fragmentarium*. México, Nueva Imagen, 2001, pp. 130-131.

tapado con la hegemonía, aquellas en que la tarde de la mañana de la cibermnésica no quiere ceder su lugar a la desintegración completa.

## Hegel y la transición de lo histórico a lo pantópico

La *Fenomenología del espíritu* es el mayor canto de amor a la preestructura. Se trata de una descripción abstracta, espiritualizada, de cómo ha sido formada la preestructura occidental. A este proceso de formación le ha llamado Hegel “historia”, “Fenomenología del espíritu”. Pero la obra de Hegel —y aquí reside el centro de mi tesis sobre la fenomenología hegeliana— se trata de una descripción de la preestructura justo cuando la preestructura estaba a punto de transformar radicalmente su modo de sistematización.

El concepto de historia apareció en Occidente justo cuando la historia desaparecería para ceder su lugar a otra forma de totalitarismo, a otra figura del co-incosciente, a otro avance de la co-autoconciencia. La historia fue teorizada justamente cuando sería reemplazada por la *pantopía*.

¿A qué me refiero por pantopía? La pantopía es una lógica vespertina de co-control. Pantopía significa un espacio (fantástico) en que presuntamente han sido acumulados todos los hechos que antes hubiesen permanecido separados en el tiempo. La pantopía no sólo es una estrategia para evitar las ausencias, las muertes, las desintegraciones, las divisiones provocadas por la temporalidad, por su devenir y transformación, sino que la pantopía es una estrategia directamente construida para abolir el “tiempo”. La pantopía reemplazó a la historia para poder procurarse mayor dominio, ya que en el modelo fantástico de la historia, el poder no podía ser extendido a todo aquello que el tiempo destruía a lo largo de sí mismo; mientras que en la pantopía todos los entes han sido agrupados —todos los entes indispensables, esto es, para el co-control, pues en una pantopía se ha eliminado incluso más de lo que hubiera eliminado el tiempo—, la pantopía es la *lista de lo infinito paradójicamente determinado*.

Historia y pantopía son fantasías. Son las fantasías que han dado base al orden occidental durante los últimos siglos. Son las fantasías que hacen posible el lazo co-fantástico entre los entes co-controlados. Historia y pantopía son estrategias para construir mundos. Alrededor del siglo XIX, el mundo comenzó a perder su estructura histórica para comenzar a cobrar una estructura pantópica. Esto no quiere decir que la historia ha sido enteramente sustituida; la pantopía todavía no ha sido completamente instaurada. La pantopía apenas realiza sus primeros ensayos.

La pantopía —el espacio totalitario, donde han sido reunidos todos los fragmentos—, como ya he dicho en otra parte, es lo que también denomino *Estados-Unidos*. Ambas fantasías se refieren a metodologías de control de la memoria. Ambas fantasías son formas avanzadas de cibernmémica.

La pantopía es el espacio pseudo-total. El Todo no puede sino ser pseudo; el Todo siempre será apócrifo.

En la historia, el enlace entre lo uno y lo otro era un nexo dialéctico —tal y como lo describieron Hegel y Marx—; dentro de la pantopía, en cambio, el lazo entre lo uno y lo otro es sincrónico. Debido a que en lo pantópico ha desaparecido el tiempo, debido a que se ha espacializado la juntura, todo lo participante (la pseudo-totalidad) coexiste simultáneamente. Las partes componentes que antes se seguían unas a otras, al perder la cadena que se tendía ficticiamente entre lo uno y lo otro, produjeron la acumulación irreparable, suspendieron el tiempo, incluso el tiempo sucesivo, para concentrarse en una zona acumulatoria de partes sueltas, a la vez, desengranadas y congregadas, *junkyard*, deshuesadero, mercado, de la ex historia. ¿Ex historia? ¿Historia? O, mejor dicho, pre-pantopía.

La historia apenas fue un proceso prepantópico. La historia fue el preparativo de la pantopía. Fue su condición necesaria.

Lo que era un *proceso* en el tiempo, se volvió una *acumulación* en el espacio.

Y el germen de esta conversión —de esta pantropía, de este giro de lo pánico— ya se encontraba contemplado —si bien sin que el mismo Hegel se diese cuenta— en la dialéctica. En la dialéctica lo uno y lo otro tienen el principio de su movimiento

fuera de sí mismos, en un finalismo, un absoluto que los absuelve de ser causa de sí mismos. Era frágil el vínculo dialéctico; la negatividad hegeliana, esto es, el tránsito hacia su contrario era mecanicista, concebido aun en el legado aristotélico. Se trataba de una trabazón, una cadena, sucesión de partes ligadas entre sí por una yuxtapuesta te(le)ología monoteísta. Era debido a la debilidad del vínculo de lo uno y lo otro que Kierkegaard, Bergson, Adorno y Deleuze,<sup>11</sup> por ejemplo, consideraron que el vínculo dialéctico era contingente, innecesario. La dialéctica hegeliana se sustenta en una estática aun aristotélica. La historia hegeliana, al perder su causa final, al subvenirle el metarrelato de Dios, no podía sino convertirse en pantopía. El hilo que unía a las cosas en el orden histórico, al ser un hilo posterior, una trama añadida entre fragmentos, fue extraída, y el orden lineal devino amontonamiento estático, reunión fija de lo dispar, acumulatoria capitalista, mercado de lo mixto, coexistencia, pantopía absolutista. Por obra de la desaparición de lo temporal, de la espacialización del co-control, la duración fue hecha extensión.

<sup>11</sup> El modo en que Deleuze, por cierto, interpreta a Bergson, muestra no sólo que la duración bergsoniana tenía ya un pie en el paso de lo histórico a lo pantópico, sino que, además, Deleuze leyó a Bergson de modo totalmente pantópico. El concepto de *rizoma* de Deleuze proviene de su lectura de Bergson. Se trata del impulso vital bergsoniano siguiendo sus líneas de diferenciación, abriéndose en distintas naturalezas, cerradas una de otras, pluralizándose a través de esta ramificación. Escribe Deleuze en *El bergsonismo*: "Será, pues, un gran error creer que la duración es simplemente lo indivisible, aunque Bergson se expresa así con frecuencia por comodidad. En verdad, la duración se divide y no cesa de dividirse: por eso es una *multiplicidad* [...] la actualización se lleva a cabo por diferenciación, por líneas divergentes, y crea por su propio movimiento otras tantas diferencias de naturaleza [...] líneas de divergencia, de tal modo que la evolución no va de un término actual a otro término actual en una serie unilineal homogénea, sino de un virtual a los términos heterogéneos que lo actualizan a lo largo de una serie ramificada". (Gilles Deleuze, *El bergsonismo*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1987, pp. 41 y 105.) Y, sin embargo, a pesar de su defensa de la inmanencia bergsoniana y su combate a la trascendencia hegeliana, el nexo deleuziano que hay entre lo uno y lo otro frecuentemente es pantópico, pues en su abandono del *orden* hacia la *organización*, Deleuze esboza, vía su comprensión del cuerpo-sin-órganos, una forma pantópica próxima. El rizoma es una figura pantópica.

El lazo dialéctico era débil. Se trata de un lazo posformado que, sin embargo, era definido como preformativo. De ahí la debilidad de su nexa, de ahí la caída del sistema histórico y su acaecimiento como evento pantópico.

## Hegel, cultura, Ilustración

La transición hacia la pantopía está esbozada en Hegel, aun sea desdibujadamente. Se encuentra presente en su discusión sobre la “vanidad de la cultura” que ante la conciencia simple tiene la “torpeza de suponer que dice algo nuevo y distinto”.<sup>12</sup> Es significativo que Hegel atribuya a la cultura la ceguera y sordera de creer que puede agregar entidades —suposición que provendría de su inconsciente de formar parte de un plan preformado, el plan fenomenológico-histórico, del que brota todo—; efectivamente, hay también un desfase entre la noción de historia y el de cultura que han sido naturalizadas como intercambiables o complementarias sin que exista entre ellas ninguna asimetría o desajuste. Pero existe.

El concepto de cultura ya pertenece al orden pantópico. Apareció en su amanecer. La noción de cultura es la noción de una pequeña pantopía. Es también una noción de transición, posterior a la de historia, precursora de la reorganización pantópica. Por eso, no hay “cultura”, esto es, pseudo-sistema, que no sea una unión-de-estados, unos estados-unidos.

<sup>12</sup> Es también sugerente que en el pasaje de la *Fenomenología* donde inicia este esbozo involuntario de Hegel acerca de la pantopía, haya referido a *El sobrino de Rameau* de Diderot, citando el diálogo que habla aquel músico que “amontonaba y embrollaba, todas revueltas, treinta arias italianas, francesas, trágicas, cómicas [... constituyendo] un revoltijo de sabiduría y de locura, como una mezcla de sagacidad y bajeza”. (G. W. F. Hegel, *op. cit.*) que inevitablemente recuerda el desorden “posmoderno” típico de la reorganización pantópica. Si bien el pensamiento hegeliano tiene como finalidad autoconsciente evitar el caos, dar orden histórico entre los entes, dicho pensamiento propiamente forma parte precursora de la reorganización pantópica. La historia tenía que ser endiosada para saber que estaba ya moribunda y pudiera ser reemplazada por la pantopía.



¿Qué ocurriría cuando en el mundo-de-la-cultura los movimientos o determinaciones dejaran de superarse unos a otros de manera *inmediata* a través de la cancelación en su contrario? Era inevitable: se formaría una *summa* de determinaciones, un agregado de *culturemas*, un espacio donde todas estas determinaciones, ya sin negatividad dialéctica, serían recolectadas en la *sistematopía* que venía preparando la estrategia de co-control llamada *cultura*, pequeña-cibernmémica.

Hegel describió semiconscientemente el proceso por el cual se forma una pantopía. Lo hizo, por ejemplo, al describir la diferencia entre la fe y la Ilustración.

Dilucida Hegel: “en efecto, la Ilustración no se comporta hacia la conciencia creyente con principios propios, sino con principios que ésta misma lleva en ella. Se limita a aglutinar los *propios pensamientos* de ésta [la fe], que en ella se hallan dispersos y carentes de conciencia”.<sup>13</sup> Lo que Hegel llama Ilustración (*Aufklärung*) no es tanto un periodo, pues, sino una lógica racional-histórica que conglomeraba pensamientos; su primera característica es su índole sumatoria, congregante: “no hace más que recordar a propósito de uno de sus modos los otros que ella lleva también, pero olvidando siempre el uno por el otro”,<sup>14</sup> además, pues, *la Ilustración es una memoria*; diría: una cibernmémica.

Según Hegel, la Ilustración es la separación de la fe, que ante las representaciones de la fe se separa de ella, al captar la pura *intelección*. Éste será el giro —detectado brillantemente por Hegel— que abre el relativismo inaugural e indispensable del giro pantópico, efectivamente, catalizado por la Ilustración: una vez que la conciencia occidental tardía, la conciencia ilustrada, captó, debido a su memoria erudita, a su elegante cibernmémica, su culta crítica, que sus representaciones máximas (teológicas) eran todas labor interligamentadora, fabricación cultural, fue deshaciéndose del hilo que las ligaba unas con otras, fue captándolas como puro artefacto, artificio, fue desnaturalizándolas, deviniendo colección de partes sueltas. “Lo que hace con ello es aislar el momento puro del *obrar* y del *en sí* de la fe expresa

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 332.

<sup>14</sup> *Idem.*

que es *solamente* un *producto* de la conciencia. Pero el obrar aislado, contrapuesto al *en sí*, es un obrar contingente y, en tanto que obrar representativo, una creación de ficciones [...] es así como la Ilustración considera el contenido de la fe".<sup>15</sup> Durante la Ilustración, la co-autoconciencia de la civilización se reveló a sí misma que sus principios teológicos, metarrelativos, eran "una serie de *figuras independientes* y su movimiento un *acaecer*, es decir, son solamente en la *representación* y tienen en ella el modo del ser sensible. La Ilustración aísla, a su vez, la *realidad*, como una esencia abandonada por el *espíritu*".<sup>16</sup> La Ilustración será la operación por la cual Occidente volverá a su Historia una recopilación de figuras, será crítica —*cantidad crítica*— que captará y *coleccionará* las configuraciones históricas desde una nueva *distancia*. (Esa distancia será el error, la insuficiencia, que Hegel critica a la Ilustración). Occidente se ha vuelto, por la Ilustración, relativo para sí mismo: cultural. (En lo histórico hay necesidad dirigente; en lo cultural, hay relatividad coleccionable). Occidente vuelve a su historia, museo.

La fe ha perdido con ello, el contenido que llenaba su elemento y cae en un sordo tejer del espíritu saqueado, puesto que la conciencia despierta en sí ha arrebatado toda diferencia y toda expansión dentro de aquél, reivindicando todas sus partes y restituyéndolas a la tierra como propiedad suya.<sup>17</sup>

Desligue de lo uno con lo otro —el contenido despegador—, por ende, colección indistinta. A la historia le ha sido removido su hilo conductor, su impulso matriz, su principio rector y, al sacar de golpe dicho hilo, la historia de las representaciones occidentales queda reducida a amontonamiento de representaciones desconectadas. Aquí lo inconexo iluminado principia la pantopía que se volverá generalizada, la abolición del tiempo duradero para quedar inaugurado el espacio contenedor del todo retrospectivo, *re-todo*.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 334.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 334 -335.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 336.

Hilo ariadnico (Historia) devenido hilo penelópico (destejer y retejer constante).

Después de que el hilo que une un evento con otro, una representación con otra, trama interligamentadora, ha sido removida del tejido occidental —insiste una y otra vez Hegel— sobreviene el “oscuro tejer” (que identifica, por cierto, con el sentir, la *coseidad*, con lo *útil*, con lo *matérico*).<sup>18</sup> La “Ilustración” fue la lógica que dio origen a la pantopía. Fue la Ilustración la que, paradójicamente, comenzó el fin de la historia al disasociar lo uno de lo otro, al volver su vínculo un vínculo puramente interligamentador, no necesario, una remezcla de sus configuraciones, una deshechura de su lazo. Fue la Ilustración el primer gran ensayo de la prematura pantopía occidental.

### El cuerpo inconsciente (nawal)

¿A qué me refiero con cuerpo inconsciente? Al co-cuerpo del que no estamos separados y, al mismo tiempo, el co-cuerpo del cual estamos sensiblemente divididos. El cuerpo inconsciente es el “monstruo” al que se refiere Klossowski, invadido en su imaginación por una sensación de infinito, conducido por un instinto de propagación; el cuerpo inconsciente es el “exceso” de los neobarrocos, la metástasis de la verbosidad, que en su intensidad envolvente vuelve al lenguaje co-cuerpo poético; al cuerpo inconsciente se refiere Marx cuando define a la naturaleza como el cuerpo inorgánico del hombre; al cuerpo inconsciente aluden las observaciones de Merleau-Ponty o Matthai, por ejemplo, cuando indican que el mundo externo tiene la forma de nuestro cuerpo. El cuerpo inconsciente —en la concepción que he venido proponiendo— es lo criptogénético.

A través del tiempo —no sólo en lo teórico-filosófico sino también en lo psicoterapéutico— he podido avizorar la existen-

<sup>18</sup> G. W. F. Hegel, *op. cit.*, pp. 337-339. “El oscuro tejer del espíritu que ya no diferencia nada en sí... aquel oscuro y no consciente tejer del espíritu en él mismo al que la fe descendía al perder su contenido diferenciado[...] tejer inconsciente, es decir, en el puro *sentir* o en la pura *coseidad* [...] la pura *materia* como el oscuro tejer y moverse en sí mismo”.

cia de un *inconsciente del cuerpo*, de un *cuerpo inconsciente*, del cual el inconsciente psicoanalítico es tan solo un aspecto —aquel aspecto que el racionalismo occidental ha permitido acceder respecto al cuerpo inconsciente total—; a algunos aspectos del cuerpo inconsciente, dentro de la psicología, han aludido Jung, Reich, Laing, Hellinger y De Mauss. El cuerpo inconsciente, por un parte, pues, se trata del cuerpo transindividual, que incluye tanto al cuerpo visible como al criptocuerpo, en el que están incluidos los sentidos y patrones compartidos simultáneamente con otros co-cuerpos familiares, eróticos, sociales, muertos. A este cuerpo inconsciente, a este inconsciente del cuerpo, le he querido dar un nombre propio. Le he llamado *nawal*.

Por supuesto, con este término general quiero, a su vez, dar a entender que el concepto de *nawal* entre algunos pueblos mesoamericanos, un concepto, lo sabemos, polisémico que alude, digamos (entre otros significados) al sujeto chamánico como a su doble animal, es una conceptualización que, según mi postura, se refiere al cuerpo inconsciente y, en mi opinión, es su formulación más brillante a través de nuestras culturas. En Occidente, quien se ha acercado a una imagen más clara del *nawal* o cuerpo inconsciente, del co-cuerpo, ha sido Blake.<sup>19</sup> Lo desconocido del cuerpo, el cuerpo desconocido, ha aparecido múltiplemente en la literatura y el arte, desde el obvio tema del doble hasta manifestaciones menos evidentes. De una u otra forma, la filosofía, por ejemplo, se ha caracterizado por ser un intento sistemático de poner bajo control la aparición del cuerpo inconsciente, un intento de controlar a *nawal*.

El *cuidado de sí*, digamos, es lo que nos protege del cuerpo inconsciente, fijando límites a la porción del cuerpo visible, evitando su inundación por elementos de *nawal*. (Una inundación salvaje devendría psicosis, visión mística, nirvana, disolución de

<sup>19</sup> Escribe Blake: “El hombre no tiene un cuerpo distinto de su alma, pues lo que llama cuerpo es una porción del alma discernida por los cinco sentidos”. Blake sabía que el cuerpo visible está rodeado por otro cuerpo, del cual sólo es apéndice, órgano, porción, región. El cuerpo del cual no somos conscientes y, sin embargo, del cual somos parte y, por ende, quedamos determinados por él —como la mano es determinada por el resto de cuerpo consciente— a eso es a lo que llamo *nawal*.

límites). La relación del individuo con el cuerpo inconsciente es análoga a la de una isla con el océano.

Hegel precisamente apareció en Occidente porque era necesaria una ideología etoestética que diese orden a la inundación del cuerpo inconsciente, a la expansión de nawal. ¿Cómo aumentó lo nawálico? En varios sentidos. Por ejemplo, por las graves fisuras que el romanticismo había infligido al cuerpo limítrofe, al cuerpo consciente, al que los románticos y otros (del marqués a Lautréamont) se encargaron de fisurar. El romanticismo ha quedado incomprendido. En la *doxa* en torno a él se le entiende como un movimiento centrado en torno al “yo” —el yo lírico, por ejemplo— sin comprender que el romanticismo es la contradicción psichistórica más profunda que ha ocurrido entre el yo (la conciencia limítrofe) y su dialéctica violenta con nawal (la *co-otredad*). *El yo romántico es el yo limítrofe a punto de reventar.*<sup>20</sup> El yo romántico es el yo que ya ha comenzado a ser invadido, cuya presa ya ha sido fisurada, por la entrada, por el reflujo en ambas direcciones, entre el cuerpo consciente y el cuerpo inconsciente, entre sujeto y nawal.

Es la moral —la *disyunción* que define a la moral— la que mantiene limitada a la agregación cuya continuación traería como resultado la plena identificación entre nosotros y nawal. Jugando un poco con la palabra *yo*, fisurándola en sus dos componentes, podemos aludir a su contradicción. Por una parte, su voluntad-de-expansión, a través de la conjunción *y*, por otro, su lucha interna contra esta voluntad-de-expansión (expansión hacia integrar, agregarse, elementos de nawal), su combate contra la *conjunción* (*y*) en forma de *disyunción* (*o*). El “*y-o*” es la lucha de *y vs. o*, “*yo*”, síntesis imposible, fundamento de toda contradicción. Es la disyunción entre ser esto o lo otro, lo que llamamos identidad, junto, por supuesto, a su mermada capacidad de agregación (*y*).

<sup>20</sup> Sigmund Freud, “El yo y el ello”, en *Los textos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona, Altaya, 1993, pp. 561. Freud sabía que el yo es una fantasía producida por el cuerpo limítrofe (otra fantasía). Dice: “El yo deriva de sensaciones corporales principalmente de aquellas que provienen de la superficie del cuerpo. Puede pues ser considerado una proyección mental de la superficie del cuerpo”.

¿Qué es, pues, nawal? ¿Qué es, pues, el cuerpo inconsciente? Es el organismo sistemático del cual inconscientemente somos parte, es la dirigencia que se encuentra más allá de la frontera establecida por la lucha entre la voluntad-de-expansión y la voluntad-de-escisión; nawal es lo que se halla más allá de la batalla formatrix entre las fuerzas de conjunción (y) y las fuerzas de disyunción (o). *Nawal* es lo que se encuentra después de la frontera del yo.

Nawal= Aides (sin Idea)

## Hegel, nawal, pantopía

Si lo analizamos de cerca, Kierkegaard es más conservador que Hegel. Kierkegaard apuesta por la disyunción; Hegel, en cambio, por una forma de suma. Tiene razón Kierkegaard en señalar que la síntesis hegeliana es una forma de optimismo metafísico, una conciliación imposible. Sin embargo, en Hegel hay un sujeto que no tiene necesidad alguna de disyunción; *o* que va cediendo su función separatrix hasta convertirse en pura summa, en *y*. *yo* que se vuelve *Y-Y*. Ese sujeto que no tiene necesidad de elegir entre lo uno y lo otro, sino que va siendo la metamorfosis de lo uno hacia lo otro, es lo que Hegel llama "historia", el sujeto puramente conjuntivo: *Y... Y... Y... Y... Y...*

Kierkegaard es la mesa de disección donde el sujeto elige ser el paraguas o la máquina de coser, mientras que (para usar otra figura maldoriana) Hegel sería la ratonera que —escondida entre la maleza— no deja de atrapar ratones, ratonera infinita; feroz Aleph, violento vórtice, contra-rizoma, ente que va sumándose todos los entes a su alrededor, sin dejarlos ya ir, voluntad-nawal.

La historia hegeliana es un nawal formado a través de su división-despliegue esporádico en el tiempo. Sólo el Absoluto es un nawal completo; la historia hegeliana apenas es el despliegue y congregación paulatina de un *nawal tímido*. La historia se trata de nawal porque va integrando, paulatinamente, lo disperso. Pero este nawal no deja de ser un cuerpo cuya formación está signada por la separación, como si se tratase de un cuerpo que va

formándose porque hace un siglo apareció una pierna y hace dos décadas su cadera y luego un seno y ese co-cuerpo en formación, sin embargo, nunca pudiese estar efectivamente junto, aunque, evidentemente, Hegel ya era consciente de que había un co-cuerpo, un cuerpo allende, formándose a través del tiempo. Por otra parte, la timidez del nawal hegeliano puede contemplarse en el hecho de que, a cada paso, el nawal es apenas un resumen, síntesis o concentración de todos sus órganos o avatares anteriores, nunca una co-presencia efectiva de todos ellos. El nawal hegeliano es un nawal racional, un nawal cuya formación y cuyo crecimiento está siempre bajo inspección, un control-de-nawal.

Exactamente en este punto, en esta restricción, es que aparece la pantopía, pues la historia, al tratarse de una formación de nawal aún demasiado distensa, aun demasiado racional, cede su sitio a una estrategia más feroz de formación de nawal. La ratonera infinita tendría, pues, que convertirse en pantopía para que el nawal que iba formándose a través del tiempo y, por ende, cuya atracción sólo se realizaba en la división temporal, ahora pasaría a ser una fuerza atractora ubicada puramente en el espacio, sin la intervención separatriz del tiempo, asumiendo así la forma de un espacio donde los entes van agregándose unos con otros, constituyendo una *summa*, un más grande nawal, un nawal-de-capital, un nawal basado en la memoria, un nawal-funes, un nawal-norteamericano, un nawal global, un nawal-pantópico, un nawal semiótico, un nawal de archivos, un nawal de imágenes interligamentadas por la memoria capital, *el nawal que rige a nuestra era*, un nawal que va acrecentándose en un pseudo-ahora porque está compuesto exclusivamente de imágenes que se unen unas con otras, en un orgía donde unas memorias-imágenes quedan ligadas a otras, un nawal puramente fantasmático.

### La estética, lo romántico y el nacimiento del sujeto pantópico

En la estética aparece, como probablemente en ninguna otra zona del pensamiento de Hegel, la evolución del “espíritu”, ese

nombre abstracto bajo el que he reconocido lo criptogenético, la preestructura cuya actualización involuntaria se debe al trabajo de cada individuo —cada pseudo-mónada—, la preestructura determinante, el co-control, que se ha formado históricamente de modo accidental, el gran accidente, que, sin embargo, aunque ha sido obra accidental de nuestra actividad transmilenaria, se ha convertido en nuestra gran necesidad, pues es lo criptogenético lo que hace surgir en nosotros la reiteración de su preestructura, su reinstalación, en cada individuo y cada generación.

Existir es reaccionario. La existencia emerge de acuerdo con patrones que la preceden; la existencia al emerger, confirma esos patrones involuntarios. Existir es reactivo.

Pensar es reaccionario. Pensar significa permanecer en la esfera interligamentadora de los contenidos existentes en la conciencia; el pensar reactiva sus propios ingredientes, reorganiza su memoria. Pensar no ha salido de sí mismo. “Mi movimiento en conceptos es un movimiento en mí mismo” dice Hegel, pero habría que recordar que el *sí-mismo* —como lo sabía Hegel— es el producto de un largo proceso del espíritu, un largo proceso de lo criptogenético, de modo que todo lo que un individuo realice es tan sólo la actualización de esta preestructura tan “detestable” como “divina”.

Lo criptogenético no es un depósito fijo. Pero tampoco es una memoria que el individuo reactive, reavivando sus contenidos o patrones, sino que lo criptogenético es lo que constantemente preforma y forma actualmente al individuo. El individuo no es más que la forma ideal en que lo criptogenético se manifiesta.

Lo que llamamos *voluntad* es una reacción en que los estímulos del mundo (el *nawal*) se ven complementados por una serie de alternativas más o menos prefijadas en el “espíritu”; de tal manera que lo que sucede entre el “mundo” y el “individuo” es un juego de variantes dentro de una gran preestructura en que lo criptogenético se actualiza. Kafka tenía razón: en la lucha entre tú y el mundo, ponte de parte del mundo.

Toda la fenomenología es la descripción de la experiencia de la conciencia individual *en* lo criptogenético. Hegel fue asaltado por imágenes en que abstractamente describió la experiencia



de una conciencia individual —una línea de fuga fallida— a través del despliegue y obediencia *en* lo criptogenético, como si se tratase de la bitácora de viaje de un feto que ha decidido describir el viaje a través del mundo en el que se desarrolla y que al salir de éste, sin embargo, se percata de que nunca ha podido abandonarlo, pues también su fuga es parte del rumbo prestablecido por lo criptogenético. En la fenomenología se han descrito las configuraciones que toma la relación inescapable entre individuo y criptogénesis.

En Hegel, *estética es despedida*. La estética es la formación de símbolos y, a su vez, el cese de esa formación.

En la estética, Hegel resume el viaje en el espíritu, sus configuraciones resumidas. Según Hegel, el arte nace con lo simbólico, “el verdadero símbolo es el símbolo *inconsciente, irreflexivo*”.<sup>21</sup> ¿Cuál es el objetivo (¡accidental!) de la preestructura? *Que todo esté relacionado con todo*. La idea más bella, paradójicamente, es la idea de una total dictadura, la idea más bella, ¡La gran analogía! ¡La armonía prestablecida! ¡La sincronicidad!, son evidencia de que lo que más amamos es el gran hermano, el totalitarismo, en el seno mismo de la naturaleza, el orden. ¿Cómo se vincula lo uno con lo otro? A través de la conexión de lo simbólico. Para vincular —en co-fantasia— lo uno y lo otro se requiere de la formación de un *símbolo* que los comunique. Toda relación es simbólica.

Como Hegel lo supo, el símbolo es *el intento sublime de representar lo infinito*. En un símbolo se intenta capturar a nawal, describir perfectamente una de sus zonas —precisamente por la índole simbólica de toda representación, esto es, su índole fallida, es que es posible la uponoia. Los símbolos brotan de lo criptogenético —hecho puramente de símbolos, esto es, de *patrones de actividad abstraídos*, de economías energéticas naturalizadas— y cuando brotan reiteradamente a través de los individuos —que poseen líneas criptogenéticas comunes— y a través de las generaciones, el símbolo pasa a ser social, formar cadenas asociativas entre símbolos, se hace consciente. He aquí donde

<sup>21</sup> G. W. F. Hegel, *De lo bello y sus formas*. México, Austral, 1993, p. 149.

aparece lo que Hegel denomina lo *clásico*, es decir, la suposición de que los símbolos hechos ya conscientes efectivamente tienen una relación necesaria con los contenidos que representan.

¿Qué es lo bello? La manifestación sensible de una zona criptogenética. Toda forma de belleza es simbólica. (El símbolo es lo que reúne.) Cuando lo clásico —es decir, la Edad de Oro de lo Convencional— se desgasta, los vínculos entre lo uno y lo otro se distienden, se desnaturalizan, se artificializan. Lo romántico, como bien señaló Hegel, aparece cuando las representaciones se han acumulado, se han vuelto una colección. El sujeto romántico es un sujeto fronterizo. Se debate entre el *y* e *o*.

Por un lado, ha descubierto una zona desconocida, no estructural, por eso “revela una forma de pensamiento demasiado alta que no puede representarla el arte”.<sup>22</sup> Ya está operando fuera de la preestructura. Está acercándose a *nawal*, eso que la preestructura quisiera asimilar dentro de sus patrones establecidos, reducir lo desconocido a conocido, convertir a *nawal* en lenguaje, representarlo, volverlo símbolos.

Por otro lado, cuando el sujeto romántico deja de buscar en el mundo sensible el desarrollo espiritual y se sumerge en sí mismo, ¿qué puede encontrar ahí? ¿qué puede encontrar en el llamado “mundo interno”? Éste es su drama: encontrará, nuevamente, de manera críptica, al mundo. El individuo se sumergirá en lo criptogenético. Quedará hundido en los símbolos, patrones, contenidos, formados ahí por los muertos. Dice Hegel: “La naturaleza se desvanece, se retira a un plano inferior; el universo se condensa en un solo punto, en el hogar del alma humana”.<sup>23</sup> El alma romántica es un aleph. Es un archivo donde lo romántico encontrará un gran depósito de contenidos. Lo romántico es pantópico.

Por una parte, pues, lo romántico divorcia lo “verdadero” de la actual forma sensible. Por otra, acude a la cuna de matrimonios (símbolos) entre “verdades” y “formas sensibles”, ¡lo criptogenético! (El “Espíritu”). Lo romántico, pues, es la

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 155.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 164.

contradicción máxima.

El romántico es el vaivén entre lo *oceánico* y lo *ossiánico*. El vaivén entre la participación mística, la fusión con el Todo, la inconciencia, y la artificialidad, el divorcio, la fisión, la autoconciencia. El vaivén entre lo “natural” y lo “apócrifo”.

Hegel, en su propia cosmovisión, se percató de esta contradicción y deseó disolverla, pues lo que él llama “el fin del arte” no es más que el proyecto de dar fin a la representación, el proyecto contra los símbolos, desde los símbolos irreflexivos hasta su remezcla.<sup>24</sup> Hegel, al final de su sistema, quiere disolver lo criptogenético, porque captó que lo criptogenético, la preestructura, a final de cuentas, desea autodestruirse, cesar su rigidez, impedir su expansión, frenar su continuación. Hegel y el budismo desean alcanzar, a final de cuentas, fulminación subitánea. Los budistas desean detener la preestructura —cuya reiteración ellos llaman *samsara*— mediante una completa disolución de ella, el llamado *nirvana*.<sup>25</sup>

Lo interesante en Hegel es que el Absoluto es la preestructura

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 209. Según Hegel, lo romántico es precisamente remezcla: “En las representaciones del arte romántico todo encuentra su lugar: todas las esferas, todas las manifestaciones de la vida, cuanto hay de grande y de mezquino, de lo más elevado y de más bajo, tanto lo moral como lo inmoral, en él figuran igualmente [...] El artista se erige dueño absoluto de toda realidad, mediante su manera personalísima de sentir y concebir [...] Modifica a su capricho el orden natural de las cosas, no respeta nada, pisotea las reglas y costumbres”. Por estas observaciones de Hegel podemos saber que *la remezcla romántica y la remezcla posmoderna son parte de una misma lógica: la lógica pantópica*. Véase la discusión que Hegel hace de la “ironía romántica” y se encontrará una perfecta descripción de lo que casi un siglo después fue descrito como “posmodernismo”, lo cual nos revela que el posmodernismo como práctica apologética o diagnóstica de estrategias-de-eclectismo y remezcla no son más que regresiones-hacia-estados-históricamente-románticos, ya descritos por Hegel.

<sup>25</sup> ¿Qué es el budismo? Una forma de representación literal de la preestructura. Por ende, el budismo afirma que nuestra existencia es resultado *karmático* (lazo) de muchas existencias previas. El budismo no se equivoca. Esas existencias previas, sin embargo, se refieren a todas las existencias que han participado en la formación de la preestructura que heredamos al nacer. Y esas existencias también se refieren a las existencias (sociofamiliares) con las cuales hemos ligado la nuestra, de tal modo que existir se ha vuelto una red de existencias, causándonos apego a otras existencias, esclavitud, co-control. El budismo, asimismo, acierta

de la que se derivan multitud de manifestaciones y, a la vez, la liberación de todas esas manifestaciones, el fin de la fenomenología. La teoría del fin del arte tanto como el saber absoluto son zonas pensamentales de Hegel que postulan una cancelación de la fenomenología; zonas que desean sabotear la repetición de la preestructura.

¿Qué sucedió con el fin de la fenomenología después de Hegel? Por supuesto, no fue realizada. La fantasía histórica fue suplantada por la fantasía pantópica. El co-inconsciente dio un giro y ocurrió un relevo de imago. Si la fantasía del mundo industrial había provocado el flujo a la conciencia de la estructura mecánica del co-incosciente, simultáneamente acaecía otro accidente, *el accidente concomitante del mercado*, y el co-inconsciente comenzó a estructurarse en la forma de mercado, de espacio-tiempo de multiplicación de artefactos para su consumo, para su recombinación y oferta. El capitalismo es la motivación psichistórica de la imagen pantópica.

Los saberes pueden ser reorganizados. Nosotros somos la falsa desaparición del tiempo. Nosotros somos la integración. Nosotros somos ese sujeto del que hablaba Hegel, en quien todas las representaciones están contenidas y juega con ellas, las remezcla, a su capricho, porque el hilo que antes las unía —la convención metafísica, fuese Dios o la historia— que solía mantenerlas anudadas, en larga telenovela del Espíritu, el Gran Hilo fue removido, y lo que era un rompecabezas devino colección de piezas sueltas, cuyo desorden sólo puede ser sustituido por el reorden individual —lo ilustrado, lo *romántico* y la ironía hegelianas, aquello, como vimos, que también ha realizado la Ilustración, porque tanto en la interligamentación ilustrada como en el reorden romántico, el hilo es sobrepuesto por puro

en que podríamos liberarnos de todas esas existencias. Sólo que el budismo (por lo menos, el exotérico) cree que esas existencias son transmigraciones diacrónicas, cuando, en realidad, el samsara ocurre en el plano sincrónico, la división en muchas existencias, los apegos, ocurren en la existencia actual. El budismo llegó más lejos que Hegel, y, sin embargo, ha terminado siendo víctima de sus propias metáforas. Lo que el budismo llama samsara es la preestructura; lo que llaman nirvana, entrega a nawal.

capricho—; *nosotros somos la pantopía*.

La pantopía, un espacio que todo lo contiene simultáneamente, una colección o jaula en que han sido depositados todos los entes —esa re-edición o *redux* cuyo pseudónimo es el “El Todo”—, un Absoluto hegeliano que no se divide de sí mismo a lo largo del tiempo, sino que permanece y se aglomera consigo mismo en un solo punto, ese espacio, esa pantopía, por supuesto, es sólo una fantasía. La pantopía es un espacio fantástico. Se trata del espacio fantástico compartido por los sujetos dentro del capitalismo. La pantopía es la co-fantasía. La pantopía es sólo el espacio estético-político que es nuestro fundamento fantástico. La pantopía es imposible. La pantopía es el pensamiento. El nawal no puede ser controlado. La pantopía no es más que un pseudo-nawal. El nawal no puede ser atrapado. El nawal, por ende, se vengará de esta época pantópica. La inundará.